

La sacristía, la sala capitular, el sagrario son también obras notables por su grandiosidad y su lujo, no por su belleza. Faltas casi todas de carácter, no presentan sino cuerpos arquitectónicos ejecutados con más ó menos acierto, que lo mismo podrían tener cabida en estos salones que en los consagrados á los placeres de la sociedad profana. Nada dicen al corazón, nada á la fantasía, y nadie siente en su interior el menor recogimiento religioso. El mismo sagrario, esa parte del templo que más ha de mover al cristiano á la concentración del espíritu y á la plegaria, carece del todo de sentimiento, y es frío para el alma como lo son para los sentidos los mármoles de que está adornado. Tiene la forma de una elipse, y está sostenido por ocho pilares, á que están adosadas dos columnas corintias; el pavimento es de mármol como el de todo el templo, la bóveda artesonada, las cuatro capillas que hay abiertas entre los pilares decoradas con lujo y corridas en la parte superior de una barandilla de balaústres. Baján por todas partes torrentes de luz vivísima, todo brilla, todo chispea á los ojos del que allí penetra: condiciones nada propias del catolicismo.

El primer artista que concibió el proyecto de esta catedral pudo estar animado de sentimientos religiosos, no los que continuaron ni concluyeron su obra. Aquél, aunque sujeto por las frías reglas del arte greco romano, supo luchar con ellas y comunicar al templo vida, belleza moral, carácter; éstos, más artífices que artistas, siguieron servilmente aquellas reglas, y al parecer ni pensaron siquiera en animar ni en dar colorido al monumento que se confió á sus manos. Artistas todos de diversas épocas, no podía por otra parte cada uno dejar de obedecer al gusto de su siglo; y esto debía naturalmente presentar al templo heterogéneo, dotado de grandes bellezas y afeado por mayores defectos, revestido de carácter en el conjunto, y falto de carácter en los más de sus detalles.

Empezóse esta catedral en el año 1500 cuando ocupaba la silla episcopal de Jaén D. Alonso Suárez de la Fuente el

Sauce (1), y es fácil concebir que se la construyese todavía según el gusto ojival, cuya influencia duró en España hasta mediados de aquel siglo. El arquitecto que echó los cimientos de la capilla mayor por orden de D. Alonso no podría dejar de recordar las formas del templo antiguo derribado ocho años antes y levantado en 1368 por el obispo D. Nicolás de Biedma; y al edificar los muros del ábside, no se satisfizo templando su desnudez con simples molduras; los revistió de cintas y follajes, y los coronó con agujas de crestería que aún hoy levantan su oscura cúspide entre las excrescencias de la catedral moderna. No se pensó en proseguir la obra de Suárez hasta el 1532, en

(1) Los obispos de Jaén y Baeza que ha habido desde San Fernando acá son los siguientes: Del 1249 al 1250, D. Pedro Martínez; hasta el 1276, D. Pascual; hasta el 1283, D. Martín Domínguez; hasta el 1285, D. Juan; hasta el 1286, Don Juan el II; hasta el 1287, sede vacante; hasta el 1289, D. Juan el III; hasta el 1297, sede vacante; hasta el 1301, D. Pedro el Mártir; hasta el 1317, D. García Pérez; hasta el 1323, D. Gutierre Téllez; hasta el 1331, D. Fernando Martínez Agreda; en el mismo 1331, D. Juan el IV; hasta 1334, D. Fernando el II; hasta 1357, D. Juan de Loria el V; hasta 1360, D. Juan el VI; hasta el 1368, D. Andrés; en el mismo 1368, D. Alonso Pecha; hasta el 1378, D. Nicolás de Biedma; hasta el 1382, Don Juan de Castro; hasta el 1383, el mismo Biedma citado, que había sido promovido al obispado de Cuenca; hasta el 1423, D. Rodrigo Fernández de Narváez; hasta el 1456, D. Gonzalo de Zúñiga ó Estúñiga; hasta el 1457, D. Fr. Jaime de Tahuste; hasta el 1474, D. Alonso Vázquez de Acuña; hasta el 1476, sede vacante; hasta el 1483, D. Inigo Manrique; hasta el 1497, D. Luís Osorio; hasta el 1500, D. Fray Diego Deza; hasta el 1522, D. Alonso Suárez de la Fuente el Sauce; hasta el 1523, D. Fr. Diego Gayangos; hasta el 1538, D. Esteban Gabriel Merino; hasta el 1545, D. Francisco de Mendoza; hasta el 1555, D. Pedro Pacheco; hasta el 1560, Don Pedro Tavera; en el mismo 1560, D. Fr. Francisco Benavides; hasta el 1566, Don Diego de los Covos; hasta el 1577, D. Francisco Delgado; hasta el 1580, D. Diego Deza, segundo de este nombre y apellido; hasta el 1596, D. Francisco Sarmiento; hasta el 1600, D. Bernardo Sandoval y Rojas; hasta el 1615, D. Sancho Dávila y Toledo; hasta el 1619, D. Francisco Martínez Ceniceros; hasta 1647, D. Baltasar Moscoso y Sandoval; hasta 1648, D. Juan Queipo de Llano; hasta 1664, D. Fernando Andrade y Castro; hasta 1668, D. Antonio de Pina Hermosa; hasta 1671, D. Fr. Jerónimo Rodríguez de Valderas; hasta 1682, D. Antonio Fernández del Campo; hasta 1693, D. Fr. Juan Asensio; hasta 1708, D. Antonio Brizuela; hasta 1714, D. Benito Omaña; hasta 1732, D. Rodrigo Marín y Rubio; hasta 1738, Don Manuel Orosco Manrique; hasta 1747, D. Andrés Cabrejas; hasta 1750, D. Francisco del Castillo; hasta 1770, D. Fr. Benito Marín; hasta 1780, D. Antonio Gómez de la Torre; hasta 1785, D. Agustín Rubín de Ceballos; hasta 1796, D. Pedro Rubio Benedicto; hasta 1816, D. Fr. Diego Melo; hasta 1832, D. Andrés Esteban; hasta 1837, D. Diego Martínez Carlón; hasta el 1847, D. Antonio Martínez de Velasco; del 1847 hasta la fecha de la primera edición de esta obra, D. José Escolano. Véase lo que sobre este obispado y el de Baeza decimos más abajo en una nota.

que ya dominaba el renacimiento sobre el destronado estilo gótico; y no se quiso ya ni se pudo tomar en consideración el gusto de la fábrica empezada, gusto que no temían calificar á la sazón de bárbaro. Pedro de Valdevira, uno de los mejores arquitectos de su época, trazó un proyecto del todo independiente, y apuró como los artistas de Italia su ingenio en combinar é identificar las antiguas formas greco-romanas con las necesidades morales y materiales de la religión cristiana. No pudo ejecutarlo por sí mismo; pero tuvo cuando menos la fortuna de encontrar un fiel intérprete de sus pensamientos en Andrés de Valdevira, su hijo, que continuó la obra hasta el 1579, y murió dejando vinculado su nombre en la calle donde vivió y en la iglesia de San Ildefonso, que guarda sus cenizas. Dejó Andrés de Valdevira concluído todo el lado izquierdo de la iglesia con la sala capitular y la sacristía, donde no se logró imprimir el sentimiento religioso que en el templo. Reveló buen gusto artístico; pero después de él y de su discípulo Alonso de Barba, que dirigió la obra por algunos años, no se pudo continuar tan vasto monumento hasta el 1634, época en que Juan de Aranda y luégo Pedro del Portillo trabajaron con tanto ahínco, que en 20 de Octubre de 1660 pudo ya celebrarse la dedicación del templo. Continuaron aún estos la obra acomodándose al gusto de sus antecesores; mas ¿qué podía esperarse de los artistas que pusieran en ella la mano á fines del siglo XVII, cuando no sólo las artes, sino también la literatura y hasta la monarquía estaban aquí en espantosa decadencia? La fachada y las torres se terminaron en este período de abatimiento, y no es extraño que aparezcan llenas de defectos y cubiertas de adornos de mal gusto. Cuando se construyó el sagrario, estaba ya en parte levantada la arquitectura del abismo en que la habían hundido los tristes acontecimientos del último monarca de la dinastía austriaca. Á pesar de esta circunstancia, á pesar de haber trazado y dirigido la obra un arquitecto tan eminente como lo fué D. Ventura Rodríguez á fines del último siglo, no

puede el sagrario sufrir con el interior de la catedral ni el más remoto paralelo. Lo hemos dicho ya, podrá tener belleza, pero no sentimiento: es cuerpo sin alma (1).

Quedan en esta ciudad otros templos, pero modernos, fríos, faltos de toda belleza artística, de todo pensamiento filosófico, de todo sentimiento místico y cristiano. Para ver monumentos que hablen algo al corazón, es preciso abandonar Jaén y dirigirse á las ciudades de Baeza y Úbeda, cuyas iglesias, ensombrecidas

(1) Se habrá observado que, contra nuestra costumbre, no hemos hecho referencia en todo lo relativo á Jaén á ningún documento original de los que tal vez guardan con abundancia los archivos de tan antigua ciudad. Débese esto, y sentimos mucho decirlo, á las dificultades que opusieron de continuo á nuestros deseos de ver sus archivos respectivos tanto el cabildo de la catedral como el señor alcalde corregidor, á quien no bastó ni una real orden, de que casi nunca debemos hacer uso, para que nos facilitara en los días que pudimos estar en Jaén lo que nos facilitaron voluntariamente y con el mayor placer el ayuntamiento de Baeza, á cuyo regidor D. Alonso Molinero no podemos menos de manifestar nuestro más sincero agradecimiento; el de Úbeda, que nos permitió examinar los documentos de su archivo hasta por la noche; el de Granada, cuyo archivero el Sr. Vilches nos manifestó con un interés que nunca olvidaremos cuánto podía contribuir á dar luz á nuestras investigaciones históricas; el de Málaga, cuyo corregidor satisfizo nuestros deseos en el momento mismo en que se los insinuamos; el de Almería, cuyo alcalde D. Joaquín Gómez Barragán llegó á considerar como un favor que examináramos los pergaminos que tenía; el cabildo catedral de esta misma ciudad, cuyo arcediano D. Francisco de Paula Gómez hasta tuvo la deferencia de ayudarnos á copiar los manuscritos que creímos interesantes para esta obra; el cabildo de Málaga, que no omitió mostrarnos ni aun los más importantes documentos; la comunidad de la capilla real de Granada, cuyos bien conservados pergaminos nos mostró uno á uno el archivero D. Fernando González, capellán de celo y de muchos conocimientos; el contador de la Alhambra Don Laureano García y el distinguido joven de Guadix D. Francisco Torres López, que nos franqueó los documentos recogidos para su historia de Guadix y Baza. En Jaén no encontramos un auxilio eficaz ni aun en los particulares: sólo en el presbítero D. Juan Maldonado encontramos el celo y el amor á las bellezas del país que tan abiertamente nos manifestaron en Baeza el ya citado D. Agustín Alonso Molinero y el escribano D. Andrés Moreno, sujeto de una constancia infatigable para recoger aun las más insignificantes noticias relativas á la historia de su patria; en Granada el Sr. García, presbítero, D. José María Zamora, D. Manuel Fernández, el Sr. Salvador de Salvador y otras muchas personas cuyo nombre no recordamos; en Málaga el tan cortés como entusiasta D. Francisco de Moya y Bache; en Almería el activo D. Carlos Fornovi, que no enseñaría con más gusto ni hablaría con más entusiasmo de los monumentos de su patria que de las murallas árabes y el alcázar de la ciudad que le ha adoptado. Tenemos, como llevamos dicho, un sentimiento en decir lo que decimos de Jaén; pero quede compensado por el placer que nos cabe al consignar los nombres de tantos como se han prestado á secundar nuestros esfuerzos.

por los siglos, reflejan aún la mano de San Fernando y quizás la del emperador Alfonso. El camino que á ellas conduce es árido, triste, monótono: campos silenciosos é incultos se extienden al uno y al otro lado de una senda desigual abierta más por las huellas que por el azadón del hombre; y ni un árbol, ni un solo álamo presta su sombra al viajero, ni en las mismas orillas del Guadalquivir, cuyas claras y transparentes aguas pasan á corta distancia de Baeza, bajo un puente del siglo xv que añade gravedad y melancolía al conjunto del paisaje. Descúbrese á largo trecho uno que otro cortijo; pero tan aislado y tan falto de animación, que más parece sepulcro que morada de vivientes. Llano en general el terreno, y cerrado sólo á lo lejos por lomas y cerros cubiertos de verdura, dilátase á cada paso el horizonte, y todo se presenta no sólo desconsolador, sino hasta peligroso al caminante, que apenas se atreve á tender los ojos más que para examinar con cierto temor si en la dilatada llanura ve brillar sobre la silla de un caballo la carabina del bandido. El lejano ladrido del perro y los sencillos cantos del arriero, acompañados tal vez por el pesado esquilón de sus caballerías, son los únicos acentos que interrumpen el silencio del espacio; y si levanta de vez en cuando la voz el gufa, es sólo para excitar la imaginación y llenar el ánimo de presentimientos con la relación de algún suceso fantástico ó de un impío asesinato. Triste, muy triste es el camino de Jaén á Baeza; pero no bien se acerca el artista á esta ciudad, cuando olvida sus recelos y siente embargada su atención por objetos que hablan en alta voz de siglos que ya pasaron, de generaciones que ha hundido ya la mano de la eternidad en el abismo sin fondo de lo pasado.

Está sentada Baeza en lo alto de una loma, y apenas se la descubre, cuando las ruinas de su alcázar hacen desde luego concebir que no es una ciudad sin recuerdos ni un pueblo cuya cuna se haya mecido, como la de otros tantos de Andalucía, entre los claros resplandores del renacimiento. Al llegar al pié de

sus muros vese ya el sello de la Edad media entre los arcos ojivales de sus puertas, en sus torres coronadas de soberbias barbacanas, en los restos colosales de una de sus capillas levantada frente el alcázar como rival de la grandeza que tuvo éste cuando la ocuparon los temidos caballeros de la corte de San Fernando. Éntrase en la ciudad; y á lo largo de calles silenciosas, en cuyos arroyos llega á crecer la yerba, asoman á derecha é izquierda antiguos palacios, sobre cuyos arrogantes arcos de sillería se abren anchas ventanas ya cimbradas, ya ojivales; descúbrese á la vuelta de tal ó cual encrucijada puertas góticas cubiertas de follaje y crestería; y no es raro divisar en el fondo de una plaza ó en el oscuro ángulo de una calle alguna fachada bizantina, llena aún de la sencilla y tosca gravedad que caracterizó la arquitectura durante el movimiento general de las cruzadas. Hasta en los puntos que parecen haber invadido más la civilización y el gusto moderno, pórticos severos, casas humildes, torres que levantan al cielo sus sombríos almenajes y restos ya informes, pero significativos para el que sabe leer en lo pasado, dan al conjunto de los cuadros que se van presentando á la vista cierto aire de antigüedad que en vano pretenden borrar los aún tiernos árboles que cubren sus plazas, las fuentes modernas que arrojan sus aguas cristalinas entre los verdes ramajes de sus álamos y sus cinamomos, y los reducidos pero alegres caseríos que han levantado arquitectos de nuestros días. Todo, casi todo respira antigüedad en Baeza: vese aún en ella la ciudad feudal, la ciudad aristocrática, la ciudad religiosa de los siglos XIII y XIV; y es fácil todavía ver pasar unas tras otras ante los ojos de la imaginación las sombras de los reyes que la conquistaron, de los guerreros que la poblaron y defendieron, de los mártires que levantaron su elocuente voz ya entre las medio desmoronadas leyes del paganismo, ya entre la tea y la espada de bandos fratricidas que mancharon un día el suelo de la ciudad con escombros ahumados y sangre de nobles víctimas.

Así se siente en esta ciudad cierta tristeza y melancolía á

pesar de su situación bella y risueña. Está Baeza hermosamente sentada en la cumbre de una loma que ciñen á larga distancia cerros tan alegres como pintorescos; tiene á sus piés un valle delicioso pintado de mil colores y cortado por floridos oteros que aumentan el agradable juego de su claro-oscuro; y allá en el fondo de la llanura ve brillar y serpentear el Guadalquivir bajo la sombra de árboles y flores. Cobijada por un cielo puro y transparente, como no llega á concebir la fantasía, está inundada de bellas tintas que llenan de dulce animación sus monumentos; cuenta ya calles espaciosas, plazas ceñidas de alamedas y paseos donde el murmullo de las fuentes acompaña el lento susurro de la brisa entre los árboles; presenta aún vida en su mercado y en su vasto ejido, ocupado hoy por activos labradores y ayer por un pueblo numeroso que acudía á recoger la palabra divina de los labios de un sacerdote ilustre cuyo nombre está vinculado en una cruz de piedra; y es sin embargo triste, dulcemente triste para el viajero, que, ya siente encogerse el corazón, y dilatarse en un limpio cielo de agradables sentimientos, ya cubrírsele de duelo y de amargura. Refléjase aún en la ciudad una época en que, si había por una parte rudeza de costumbres, existía por otra cierto candor que hemos ya perdido, y si barbarie, una fe cuyas hojas han caído marchitas sobre el árido suelo que pisamos; y es ciertamente para el hombre conocedor vivo el contraste. Había en Baeza en los tiempos á que nos referimos al lado de la tiranía aristocrática un caballerismo que ya no existe, y un honor cuya falta debemos encubrir con el fingido velo de la hipocresía; y este caballerismo y este honor, que movieron á tan altas empresas la espada de antiguos héroes, no podemos menos de recordar con dolor que sólo han dejado tras sí la bajeza y el egoísmo. Recuérdanos, por fin, esta ciudad siglos en que creció y floreció á la sombra de fueros otorgados por la piadosa mano de un rey santo; y ¿cómo no han de afligir estas memorias á hombres ante cuyos ojos sólo se levantan los fantasmas de un porvenir lleno tal vez de peligros y de horrores?

Descúbrese por otra parte en Baeza una decadencia rápida. Sus calles están solitarias y en silencio, muchos de sus palacios huérfanos de su antigua aristocracia, las portadas de algunos de sus templos cubiertas de musgo, el suelo de sus santuarios lleno de zarzas y de escombros, privada la ciudad entera del rumor de sus talleres... y la vista de tanta soledad y abatimiento sumerge también en tristes ideas al que siente aún palpitar su corazón cuando considera cómo el tiempo va hundiendo en la nada ciudades que recibían ayer el homenaje de otros pueblos.

Baeza fué un día una ciudad romana (1), que aunque oscurecida durante el imperio por el esplendor de Cástulo, apenas sucumbió ésta á las armas de los bárbaros, creció en riqueza y población á la sombra de los primeros altares de la Iglesia. Llena de la grandeza de su rival, logró ya en tiempo de Wamba honrar con la silla episcopal su recinto manchado con la sangre de cien mártires; y capitulando á poco con los árabes, no sólo sostuvo intactas sus creencias y su fortuna al través de invasiones y guerras religiosas, sino que también, erigida en residencia de walíes y aun en morada de reyes, vió humillada á sus piés la frente de ciudades populosas. Participó de los males que las discordias trajeron al imperio de los califas de Córdoba y los emires de Sevilla; pero defendida por las mismas vertientes de la loma que ocupa y por un alcázar cuyos muros torreados dominaban por todas partes sus frondosos valles, no sufrió de mucho lo que otros pueblos de Andalucía, no vió nunca ajadas del todo las hojas de su diadema. Á la entrada de los almohades vió ya sobre sí las armas del emperador Alfonso VII, y vió á poco flotando en sus torreones las sagradas banderas á cuyo

(1) Fué llamada Viatia, Biatia ó Beatia según cabe inferir de los textos de Livio y Ptolomeo y de una inscripción que publicó Loaisa:

Q. VALERIO. POSTUMO. BEATIANO.  
Q. VALERII. CASTULI. F. QUI VIXIT.  
ANN. XXXII. ANTONIA. AUR. EX.  
TESTAM. B. M. P.

tedral que había levantado según tradición el emperador Alonso, y restauró en ella la silla de sus antiguos prelados, oscurecida durante tantos siglos por el islamismo.

No duró mucho tiempo en Baeza esta cátedra sagrada que trasladó el mismo San Fernando á Jaén tres años después de haberla vencido (1); pero no por esto perdió la ciudad en esplendor, antes se vió á poco más y más honrada y favorecida por los reyes que después de su conquista se sentaron en el trono de Castilla. Alfonso el Sabio la declaró exenta de pagar portazgo y montazgo en las tierras situadas más acá del Tajo (2); Sancho el Bravo le dió por juro de heredad Jódar y su término (3); Fernando el Emplazado confirmó cuán anchamente pudo los fueros que le otorgaron sus antecesores (4); Alfonso XI le ratificó la propiedad de las salinas de Recena y de Jarafe, y la defendió contra los que la poseían á viva fuerza y los que cobraban injustamente el tributo de la robda en Bailén, Linares y otros lugares comprendidos dentro de sus mojones (5); Pedro I y Enrique II confirmaron sin restricción sus privilegios (6); Enrique IV, que en un momento de expansión tuvo la

(1) Sobre este punto conviene trasladar lo que dice entre otros autores el Padre Bilches en sus *Santos y Santuarios del obispado de Jaén y Baeza*, pág. 134... y así procuró (San Fernando) trasladar á ella (á Jaén) la iglesia de Baeza. Tuvo esto efecto en parte pasados más de tres años, como en otro lugar veremos, quedando unos Prebendados en el templo antiguo de Baeza, y pasando otros al nuevo de Jaén, y ambos hacen una iglesia formal, aunque dividida en dos templos materiales, el uno y el otro con título de Cathedral.

(2) (*Archivo mun.*, doc. núm. 11.) El portazgo y el montazgo debían pagarlo los Baezanos sólo en Sevilla y Murcia.

(3) (*Archivo mun.*)

(4) (*Archivo mun.*, núm. 4.)

(5) Las salinas de Recena y de Jarafe eran propiedad de Baeza, quizás ya en el mismo reinado de San Fernando; mas como no hemos encontrado la carta original de donación, sólo citamos en el texto la confirmación hecha por este Alfonso (*Archivo mun.*, núm. 21.)

(6) El rey D. Pedro no se sentía al parecer muy inclinado á confirmar los fueros de esta ni de las demás ciudades; pero al fin los confirmó. En una carta fecha en Sevilla á 15 de Mayo de 1350, contestando á una petición del concejo sobre que le confirmara el fuero de Cuenca, decía: «Á esto vos respondo que quando confirmaré los fueros é privilegios é cartas á las otras de las cibdades é villas é lugares de mis regnos que me enviedes los privilegios é cartas é fuero que avedes,

debilidad de entregar al condestable de Castilla Miguel Lucas los lugares de Baños y Linares, se los devolvió al verla combatir el alcázar y derramar con furor su sangre (1); Isabel la Católica, por fin, la declaró inenajenable cuando más temía la ciudad por sus libertades y creía ser entregada al dominio de los barones castellanos que acababan de apoyar la corona en las sienes de los reyes católicos contra las armas de la bastarda D.<sup>a</sup> Juana (2). Estuvo durante siglos tan enaltecida, que excitó no pocas veces los celos de muchos pueblos comarcanos. Durante el reinado de Alfonso XI, Jaén, no pudiendo disimular el encono que ya de muy antiguo le tenía, le movió pleito sobre sus términos; y dejando las razones por las armas, entró con su pendón en el territorio de la ciudad, puso los mojones que bien le parecieron y tomó y llevó á la fuerza gran número de los ganados de los que allí pacían (3); pocos años después Úbeda

é yo veerelos é faré sobre ello lo que mi merced fuere.» Era esto á la verdad amenazador; pero no se había pasado un año cuando había confirmado á esta ciudad todos los fueros (*Archivo mun.*, docum. núm. 138 y núm. 62).

(1) Este hecho, y sobre todo el documento de que lo sacamos, acaba de probar, si es que se necesita de mayores pruebas, cuán débil, veleidoso é incapaz fué el antecesor de los grandes reyes D. Fernando y D.<sup>a</sup> Isabel (*Archivo mun.*, documento núm. 13.)

(2) (*Archivo mun.*, doc. núm. 32.) El rey D. Juan II la había dado antes en patrimonio á su hijo el príncipe heredero D. Enrique, pero también con la condición de que ni él ni sus sucesores pudiesen enajenarla ni separarla de la corona bajo pretexto alguno (*Archivo mun.*, doc. núm. 6.)

(3) El concejo de Baeza se quejó de este atropello á Alfonso XI, y éste por carta dada en Cuenca á 5 de julio de 1338 delegó á Juan, obispo de Jaén, para que entendiera en este negocio. Procedió desde luego el prelado á actuar; y oídos testigos, vistos los documentos necesarios, atendidos los defensores de ambas partes, y leídos los escritos que una y otra presentaron después de haberlo hecho examinar todo diligentemente por hombres buenos sabedores de derecho, falló que ambos concejos debiesen poseer en adelante de consuno los términos que habían sido objeto de tan grave contienda. Consentida la sentencia, pasó el mismo obispo en 26 de Enero de 1341 á señalar los dichos términos para que sobre ellos no pudiesen ya haber más dudas. Acompañáronle en esta operación por parte de Jaén Alfonso Diago, canónigo, Pedro Gómez, alcalde, Fortún Sanchez, mayordomo, Sancho Martínez, etc., y por parte de Baeza Fernando Martínez, alcalde, Juan Domínguez, jurado, Juan García de los Perales y otros. «É pusieron conforme á la sentencia los mojones, el primero cerca del camino que va de Jahen á Torres, en una mata parda encima de la fuente de D. Pardo, el segundo en un páramo cotante al arroyo alamoso, el tercero en la angostura del arroyo vil» (*Archivo mun.*, documento núm. 39.)